

DURANTE LA NOCHE

El golpe de la ventana la sorprendió cuando casi le vencía el sueño sobre las páginas amarillentas de un viejo libro. El viento había irrumpido en la estancia y las páginas de los volúmenes abiertos, ahora esparcidos por todas partes, se removían ruidosas como si docenas de manos nerviosas las agitaran.

Ade se levantó de la silla que usaba para llegar a los estantes más altos de la biblioteca. Se había sentado allí, con el libro en las manos, casi dos horas antes, en mitad de la noche, mientras el resto de la casa dormía profundamente. Se dirigió hacia la ventana para cerrarla antes de que aquel revuelo despertase a todo el mundo. Fue entonces cuando lo vio.

Pietro estaba apoyado en el umbral de la puerta acristalada que daba al jardín secreto. Los rizos cubrían casi por completo su cara y, aunque intentaba apartarlos con la mano, el viento los mecía otra vez hacia delante.

- —¿Cómo has entrado? —le preguntó Ade, asustada y feliz a la vez.
 - —No lo sé. Me he encontrado aquí fuera y te he visto.
- —Eso es imposible. Nadie ha llegado nunca hasta aquí. No puedes quedarte, Pietro...

Él esbozó una sonrisa cómplice y avanzó unos pasos hacia ella.

—;De verdad quieres que me vaya?

Ade permaneció un momento en silencio.

- —Todo esto está mal —dictaminó, arrepintiéndose al instante.
 - —¿Qué tiene de malo? ¡No lo entiendo!

- —Yo... tú... aquí... Esto no está bien. No podemos. Si los demás se enteran, tendrás problemas...
 - —Yo no te tengo miedo. Ya deberías saberlo.
- —Lo sé, pero no puedes estar aquí. Está prohibido. Ahora, vete —le ordenó, empujándolo hacia la ventana.
- —¿Qué estabas leyendo? —preguntó Pietro, bloqueándole el paso y acercándose cada vez más a ella.
- —Un viejo libro... nada importante —respondió mientras retrocedía.
 - —¿Una historia de amor imposible?
- —¡No! ¡Un libro sobre plantas! Un libro sobre plantas de lo más normal... —mintió Ade mientras seguía alejándose para ganarle espacio a Pietro, que continuaba avanzando hacia ella.

Cuando llegaron a la pared del fondo, Ade quedó aprisionada contra los estantes llenos de libros. Ahora Pietro estaba muy cerca, tanto que ella podía sentir su aliento; sus ojos, de repente, parecían enormes y oscuros pozos donde podría perderse para siempre.

Pietro acercó peligrosamente sus labios a los de Ade. Poco antes de que se rozaran, oyó algo detrás de él que lo asustó. Se apartó rápidamente y miró a su alrededor.

- —¿Lo has oído?
- -¿Qué? No he oído nada...
- —Gritos... voces... —apuntó él.

Pietro recorría la estancia como si buscara algo. Se acercó a la ventana abierta, aguzó el oído y exclamó:

—¡Tengo que irme, pero volveré! Puedes estar segura. —Tomó la mano de Ade y le dio un delicado beso, luego añadió con complicidad antes de marcharse—: Adiós, Mediafalda. Ade permaneció inmóvil observando cómo desaparecía por el jardín de la misma manera que había aparecido. «La alternativa entre "magia" y "racionalidad" es uno de los grandes temas que dan origen a la civilización moderna».

Ernesto de Martino, Sud e magia.

EL FUNERAL

Tres meses antes.

Habían escogido una madera de color claro de buena calidad. Por cómo se curvaba por los costados, dibujando una onda perfecta para cerrar la tapa, debía de ser abedul. Los acabados de las incrustaciones se habían trabajado a cincel con mucha destreza. A simple vista no parecía más grande que el cesto de mimbre con el que recogían las aceitunas. Un solo hombre podía cargarlo a la espalda.

Una robusta asa rodeaba el ataúd como si lo abrazase. Aquel rostro no revelaba ninguna emoción; realmente debía pesar como un cesto medio lleno. Solo la vena tensa del cuello y su latido frenético mostraban, a pesar de las apariencias, una senda abierta al sufrimiento.

La mujer era de baja estatura. La cabeza, con el cabello oscuro recogido, a duras penas llegaba a la espalda del hombre que caminaba a su lado y que, con su brazo libre, rozaba su vestimenta. De vez en cuando, alzaba los ojos y miraba rápidamente el ataúd, como si se avergonzase y no quisiera que su esposo se diese cuenta. Si hubiera podido, no hubiera escondido sus lágrimas a la gente de la aldea; cierto, era la esposa del respetado y temido cazador, jefe de tres aldeas, juez en todas las contiendas, el hombre más fuerte en varias millas a la redonda y el padre de siete varones; pero aquella de allí arriba, aquel delgado cuerpo sin vida que reposaba en un lecho de madera de color claro era su hija. La habían llamado Maddalena, pero solo había podido pronunciar su nombre una vez. Una muerte misteriosa se la había llevado antes del amanecer.

Y a ella, ahora, no se le permitía ni una muestra de desesperación.

* * *

La aldea entera caminaba en silencio detrás del ataúd. Nadie quería dejar de asistir al último homenaje a aquella criatura desafortunada. Los comercios habían cerrado, las puertas de las casas se habían abierto de par en par, y por las calles solo se podía ver alguna gallina que había escapado del corral, picoteando aquí y allá, incluso a los niños se les había prohibido jugar. Detrás de los padres caminaban los siete hijos, los dos mayores iban acompañados de sus esposas. El padre Agnolo iba en cabeza, separado unos pocos pasos del resto. De vez en cuando se daba la vuelta para observar el ritmo del cortejo fúnebre: ni muy lento ni muy rápido. El cementerio se encontraba un poco más adelante y, justo al lado, en el prado verde, estaba el cercado para los niños no bautizados. Hacia allí se dirigían todos.

* * *

Ade había visto acercarse primero al sacerdote, enfundado en su capa y sosteniendo el crucifijo que abría el cortejo. Estaban casi enfrente de su casa cuando los escalofríos comenzaron a recorrerle la espalda. La rendija de la puerta de madera por donde observaba no era lo suficientemente grande para poder vislumbrarlo todo, solo alcanzaba a ver lo que estaba justo delante. Le horrorizaba que se detuvieran frente a su casa, aunque fuera por unos segundos, para gritarle que se marchase, para maldecirla.

Valente tiraba de la falda de su hermana. Él también quería mirar por la ranura. Quería ver la cara de las personas que lo forzaban a permanecer en la oscuridad y lo condenaban a padecer hambre. Empujaba con todo su cuerpo para apartarla, pero Ade era más grande. A menudo la veía trabajar y soñaba con ser como ella. Se acordó de aquellos días en los que, con el brazo izquierdo, sacaba los bebés de las madres, mientras con el derecho echaba a los padres ansiosos por brindar por la nueva vida. Parecía que nada podía derrumbarla; los músculos en tensión por la responsabilidad de su cometido no mostraban ninguna vacilación. Ahora, a pesar de que en su rostro se apreciaba una angustia desconocida, sus piernas permanecían firmes en el suelo, como un enorme árbol que lo protegería para siempre escondido bajo sus ramas, alimentándolo.

El padre Agnolo continuó sin detenerse. Cuando dejó atrás su puerta, se apoyó en el crucifijo y pareció que miraba hacia atrás. Ese mero ademán fue una advertencia para quienes lo seguían. El rostro del sacerdote no dejaba lugar a dudas, su mirada era enérgica y severa y sus manos se aferraban al crucifijo; bajo su guía, nadie se aventuraría a perturbar el cortejo fúnebre vociferando amenazas. Alguien de la cola pareció contener un grito; una mujer, un poco más adelante, se anudó el chal de lana bajo el mentón para no parecer que se había retrasado más de lo debido. Los hermanos de Maddalena se acercaron más a su madre. El jefe de la aldea, al igual que su esposa, siguió andando hacia el cementerio con la mirada fija. Alguien podría haber jurado que Teresa, así se llamaba la esposa, había aminorado el paso delante de la casa de Ade para echar una rápida ojeada a la puerta —ahora cerrada a cal y canto— de aquella pequeña morada, que en el pasado le había parecido acogedora y perfumada, y que ahora revelaba, finalmente, el abismo que escondía.

La joven partera permanecía encerrada detrás de aquella puerta, escondida de su vista y de todas las miradas de Torre Rossa. Ade se sobresaltó cuando vio el diminuto ataúd. Recordaba que Maddalena era muy pequeña y delgada, pero le pareció increíble que cupiera dentro de una caja de madera tan estrecha. Recordaba cómo la miraban fijamente sus ojos oscuros y profundos, sus manos calientes y escurridizas, su respiración entrecortada y su llanto estridente. Un llanto que había sido una explosión de felicidad en la alcoba iluminada por las primeras luces del alba.

—Es una niña —había anunciado acercándola a la madre, que esperaba aquella noticia desde hacía años, después de todos sus hijos varones. Teresa había abrazado a la pequeña, se la había acercado al pecho, había respirado su tibieza y luego se había dormido junto a ella.

Cuando, una hora después, despertó de repente, presa de escalofríos y sudor, se llevó las manos al pecho y se dio cuenta de que Maddalena ya no estaba. Se la habían llevado después de que un quejido sofocado llamara la atención de la muchacha que había ido a ayudar a la señora de la casa cuando se encontraba encinta y próxima al parto. Los intentos por reanimar el pequeño cuerpo frío y rígido de la recién nacida fueron en vano. El menor de los hijos varones salió de la casa del jefe de la aldea veloz y silencioso para no despertar a su madre y fue a llamar a la puerta de Ade, arrancándola del sueño para llevársela consigo de urgencia. La muchacha lo intentó todo para que Maddalena llorara. La puso boca abajo, le dio unos cachetes suaves en las nalgas lívidas, le masajeó el estómago y le frotó los diminutos pies. Nada consiguió que los inertes pulmones de la pequeña se llenasen de aire de nuevo. Nada volvió a ser como antes a partir de aquel momento.

Ade se sintió más tranquila después de que el último de los hermanos desfilara por delante su casa. Se dejó caer al suelo y permaneció con la espalda apoyada contra la puerta. Podía oír los pasos de los aldeanos a pocos metros de ella, también los susurros de las oraciones, el roce de las ropas, el sonido de la tierra pisoteada... Se esforzaba por reconocer a la gente entre la que había crecido por los sonidos y el olor que desprendía cada uno. Esperaba que todavía hubiera alguien que la creyese.

«La que acaba de pasar seguro que es Nunziatina, se huele el aroma del pan desde aquí», pensó.

- —¿Ya podemos salir? —preguntó Valente, que se había acercado a su hermana con la mirada puesta en la chimenea apagada.
 - —No, todavía no. No es seguro —respondió Ade.
- —Pero es que tengo hambre y quiero ir a jugar —se lamentó él.

Era la primera cosa que Valente le había dicho desde que se habían dado cuenta de que estaba llegando gente a la aldea para el funeral. Su hermano se había acurrucado a su lado, no parecía asustado, pero seguro que estaba enfadado; su mirada fija en la chimenea y ese silencio obstinado eran señales claras de que ni siquiera las preocupaciones de Ade le pasaban desapercibidas. Le acarició la cabeza. Llevaba el pelo ya demasiado largo y ella, afligida por lo sucedido durante esos últimos días, lo estaba descuidando: no sabía cuánto hacía que no se peinaba. Los dedos de Ade se enredaban en los nudos y arrastraban tierra y piedrecitas blancas.

- —Te he dicho que no salieras.
- —No lo he hecho...
- -No me mientas, Valente. Tienes el pelo lleno de piedreci-

tas del río. ¿Has ido esta mañana cuando yo no estaba? Dímelo, prometo no enfadarme.

Valente había bajado la mirada, sorbía por la nariz e intentaba que las lágrimas no cayeran por sus mejillas.

- —Quería ir a pescar...
- —¿Has pescado algo? —le preguntó Ade en tono tierno y nada amenazante.
 - —No...
 - —Lo conseguirás.
 - —¿Y tú cómo lo sabes?
- —Lo sé. Como sé que ahora vas ponerte otra vez a dibujar. Valente esbozó una sonrisa y relajó los músculos del rostro. Abrió la mano derecha que mantenía cerrada en un puño y miró la mesita. En la mano izquierda tenía un pedazo de carboncillo.

La luz cálida del atardecer hacía que la casa pareciese aún más pequeña. Desde fuera, encarada al bosque y en el camino que llevaba al cementerio, con unos pocos peldaños que la separaban de la tierra batida, parecía más una cabaña que la morada de dos hermanos. Los rayos que se filtraban por los postigos de la única ventana iluminaban el interior, dejando en la sombra el resto de la casa. Tampoco es que hubiera mucho que ver. Algunos utensilios de madera colgados en la pared, una despensa vacía desde hacía tiempo, una mesa y un lecho. En las paredes no había calderos de cobre o tamices para la harina, pero de cada clavo torcido que sobresalía de las tablas de madera colgaba una hoja de papel. Eran muy dispares: algunas irregulares y otras perfectamente cortadas, unas grandes y otras pequeñísimas, descoloridas casi todas. Algunas estaban grasientas y llenas de manchas, pero todas tenían un único dibujo: una luna creciente bellísima contra un cielo negro a punto de engullirla. De la giba, para defenderla contra la oscuridad, despuntaban unos majestuosos y largos rayos solares.

Valente miraba aquellos dibujos desde el ángulo oscuro en el que se habían escondido. A simple vista podían parecer idénticos, pero para Valente eran completamente diferentes: una tonalidad más intensa, un rayo más largo, una giba más curvada o más ancha. Un día lluvioso, un hambre repentina, una pelea desagradable, una explosión de carcajadas y el agua del río en invierno: cada dibujo representaba un día de su vida, desde que había aprendido a agarrar el carboncillo entre los dedos. Ahora, por ejemplo, sabía muy bien cómo dibujaría el negro que engullía la luna. Buscó de nuevo con la mano el pedazo de carboncillo en su bolsillo, pero no lo encontró. Seguramente se le había caído al alejarse de la puerta. Casi sin moverse, palpó el suelo alrededor de su hermana, que había permanecido todo el tiempo abrazada a él. Trató de deshacerse de los brazos de Ade, se removió y ella aflojó la presión, la respiración se volvió poco a poco más pausada. Valente se levantó y, por fin libre, corrió hacia la entrada a coger el trozo de carboncillo que entrevió justo al lado de la puerta. Mientras Ade intentaba encender el fuego con la poca leña que quedaba, Valente se había sentado a la mesa delante de una hoja de papel y ya empezaba a dibujar los primeros trazos.

En la despensa quedaba un poco de pan del día anterior que Nunziatina había conseguido ocultar bajo su falda antes de cerrar el horno. No es que el padre de su amiga le diera miedo, lo que temía de verdad era encontrarse con cualquiera de Torre Rossa. Nunziatina era su única amiga en la aldea, la quería, se fiaba de ella. Ade se disponía a preparar una sopa con las hierbas que había recogido en el bosque. Valente se quejaría, como siempre, pero al final el hambre podría más que sus lamentos.

-¿Qué estás dibujando? -Siempre le preguntaba lo mis-

mo—. Te lo he dicho mil veces, ¿no te acuerdas? La luna no tiene rayos, es el sol. La luna es una bola de color blanco como la leche que brilla de noche.

La respuesta de su hermano pequeño siempre era la misma:

—Mi luna tiene rayos. Lo sé. ¡Yo los veo!

Valente continuó dibujando sin siquiera girarse hacia su hermana, que lo observaba preocupada. Había tenido que defenderlo muchas veces de las malas lenguas. En el pueblo decían que era extraño, ensimismado y demasiado silencioso. La primera vez que oyó los rumores fue en el río, lavando la ropa. Dos mujeres conversaban a su lado, sin haberla reconocido. «Es extraño ese niño, siempre solo —decían—. Sin familia, solo con una hermana igual de extraña que él, qué otra cosa se puede esperar». Ade continuó lavando y bajó la cabeza cuando se dio cuenta de que estaban hablando de ellos. Le enfurecía el modo en que se referían a Valente. Alguien dijo incluso que quizás sufría de «melancolía», una enfermedad de ciudad de la que no había oído hablar nunca, un mal que te robaba las ganas de vivir y el color de las mejillas. Algún día se lo preguntaría al médico, pero ahora tenía problemas más serios y decisiones más importantes que tomar.

La sopa olía maravillosamente bien a pesar de que había encontrado pocas hierbas: bardana, diente de león y ortiga. Ade la probó satisfecha y en su rostro apareció la primera sonrisa del día.

- —A cenar. Aparta el dibujo —le dijo a Valente.
- —;Es una receta de la abuela?
- —Sí.
- —¡Pero si ni siquiera has abierto el libro!
- —Me la sé de memoria. Ahora, a callar. Y aparta el dibujo. A comer y a dormir. Mañana por la mañana debo despertarme pronto para ir a Serra.

- —¿Puedo ir contigo? —preguntó Valente—. No quiero quedarme otra vez solo en casa todo el día.
- —No, ya sabes que no puedes. Cuando voy a Serra tengo que atravesar el bosque deprisa para llegar lo antes posible. Tú todavía eres pequeño y me retrasas. En casa no queda nada y, a partir de ahora, estoy segura de que nadie de la aldea nos venderá nada. No podemos seguir contando solo con la ayuda de Nunziatina. Mañana hay mercado en Serra, intentaré vender el cesto.
 - —Pero es el último que queda...
- —Haré más. Cuando vaya al bosque a coger las ramas jóvenes podrás venir conmigo.

Con esta promesa, Valente se calmó y empezó a comer la sopa en silencio. Ade se llevó la cuchara a la boca, no sabía como la de Antalia, pero no estaba nada mal. Su abuela le había enseñado muchas cosas, aunque no había tenido tiempo para explicárselo todo. En la aldea la llamaban «la sabia». Podía ver cosas que los otros no veían. Leer el cielo y escuchar el viento. Podía predecir con una precisión extrema cuándo empezaría o dejaría de llover. Sabía cuántos días faltaban para que las aguas del río subieran y cuándo una yegua tenía que parir; cuidaba de las plantas y de las personas. Siempre observaba la naturaleza, también durante las tormentas más terribles o las epidemias más virulentas porque, como siempre decía, después, llegado el caso, sería más fácil defenderse. Ella había enseñado a Ade las labores del parto y le había explicado los secretos que se escondían detrás de aquello que parecía un milagro de Dios. Hacía tres años que había muerto, pero en el recuerdo y en las conversaciones de Ade, Antalia estaba más viva que nunca. Viva también gracias a aquel recetario que le había legado y que había visto cómo escribía a diario sentada al borde del camino. «Es un libro importante», le había dicho. Y lo era. Tanto que, para poder descifrarlo, Ade había tenido que aprender a leer, algo de lo que en las aldeas muy pocos eran capaces y aún menos una muchacha de su edad. De manera que, cada día, antes de la puesta del sol y de que tuvieran que encender las velas, si las tenían, Antalia le enseñaba, pacientemente, a distinguir las letras y las palabras, a entender el sentido de todo. Hasta que una tarde ya no fue capaz de pronunciar una frase entera del libro; fue la tarde en que murió.

Ade había estado leyendo durante meses aquel libro, tenía miedo de olvidarse, y no tenía ningún otro para practicar. Había acabado aprendiéndoselo de memoria. Cada noche, antes de irse a dormir, Antalia le repetía que era un libro importantísimo; y ella quería entender por qué. Solo eran recetas, algunas muy buenas y otras muy difíciles, pero solo recetas. No había ningún mensaje dirigido a ella, ningún secreto que pudiera ayudarla: solo sopas, asados de caza y especias para aderezar.

En ese momento, un sonido de pasos firmes que se acercaban al otro lado de la puerta le advirtió que el peligro no había pasado y corrió a agarrar a su hermano y llevárselo lejos de la mesa, que estaba demasiado cerca de la entrada. Si hubiera seguido mirando por la rendija, hubiera visto que se trataba de un hombre de unos treinta y pocos años, corpulento y de rostro sombrío, que se dirigía casi corriendo hacia su casa. Lo seguía veloz una diminuta mujer que, a pesar de su apariencia, estaba decidida a frenar su ímpetu, suplicándole que se detuviera. Federico, el hijo mayor del jefe de la aldea, se abalanzó contra la puerta de entrada y, con un fuerte golpe que pareció una orden, hizo temblar todas las tablas.

—¡No creas que todo ha terminado! —Su voz resonó en el silencio del campo que rodeaba la aldea, ahora recogido en

vela después de la sepultura—. ¡O te vas tú o te echaremos nosotros, y no te gustará!

Entretanto, su esposa lo había alcanzado e intentaba llevárselo de allí: tenía miedo por lo que podría haber ocurrido si la puerta hubiera cedido. ¿Y si las historias que contaban sobre la muchacha eran ciertas? ¿Y si fuera verdad que podía arrebatar la vida con solo una mirada? Aquellas tablas de madera no habrían podido evitarlo y ella, con un hijo en su vientre, era demasiado joven para quedarse viuda.

Mientras Federico seguía gritando amenazas, Ade y Valente se habían refugiado en el ángulo oscuro de la casa, al otro lado de la entrada, donde solo daba la luz durante las primerísimas horas de la mañana, abandonándola luego a la humedad y al moho para el resto del día. Allí se sentían más protegidos, como si solo aquella oscuridad pudiera esconderlos de la vista de cualquier persona. Esperaron pacientes a que el hombre se calmase y la mujer ganara su batalla. Antes de irse, Federico, secándose las lágrimas del rostro y la frente bañada en sudor, gritó lo que pareció una maldición fría y calculada:

—Aquí ya no habrá comida para ti, ni trabajo ni palabras. No habrá más misas cantadas, fiestas en la plaza y tampoco juegos para tu hermano. No habrá leche recién ordeñada ni campos para cultivar. No habrá la voz de un amigo o una palabra de consuelo. No habrá vida para ti. Porque a partir de hoy estás muerta, como mi pequeña hermana.

Dio un último golpe a la puerta y se alejó apoyándose en su esposa, que debía de ser mucho más fuerte de lo que parecía.

En cuanto se hizo el silencio, Ade acarició a su hermano, que había empezado a temblar con el primer golpe contra la puerta de madera.

- —Ya se han ido —dijo Ade—. Vámonos a la cama.
- -Pero ¿volverán? preguntó Valente, asustado.

—Esta noche, no —lo calmó Ade, intentando arroparlo todo lo posible, aunque sabía que duraría poco: se movía mucho mientras dormía, y ella tenía que ajustarle bien el cubrecama para que por la mañana no se quejara de frío.

Ade estaba cansada, le hubiera gustado dormir durante muchos días seguidos. La noche era silenciosa, solo se oía algún pájaro en la lejanía. Se estiró al lado de su hermano y cerró los ojos, esperando que ya nada ni nadie perturbara su reposo.

* * *

Cuatro golpes secos en la puerta quebraron la calma. Ade se despertó sobresaltada pero no se movió de la cama. Paralizada pero alerta, podía sentir cómo se aceleraba su respiración y el corazón resonando en sus oídos. Era la tercera noche seguida que sucedía lo mismo. Cuatro golpes, ni uno más ni uno menos. Ade temía saber quién estaba al otro lado de la puerta y, justo por eso, como las otras noches, no tenía ninguna intención de abrir. Esperó a oír que los pasos se alejaran y se levantó poco a poco. Palpando las paredes consiguió abrirse camino entre la negra oscuridad; si hubiera encendido una vela hubiese sido una clara señal de que estaba despierta. Se acercó a la puerta buscando fuerzas para abrirla y satisfacer la curiosidad que la consumía desde hacía días. Apoyó una mano en el cerrojo dispuesta a abrirlo con el menor ruido posible. Se arqueó para impedir con su propio cuerpo el más mínimo crujido del hierro oxidado. Estaba a punto de deslizar la barra cuando algo se lo impidió. A sus espaldas, una voz de mujer, profunda y firme, la obligó a darse la vuelta, atemorizada.

—Si quieres vernos, ya sabes lo que tienes que hacer. No hace falta que nos espíes, Ade, abre la puerta. Ahora somos tu única esperanza.

La casa seguía inundada de oscuridad y no parecía que ahí dentro hubiera nadie más que ella y Valente, que continuaba durmiendo sin percatarse de nada. Buscó con la mirada la procedencia de aquella voz, pero de entre las sombras no emergía nada parecido a una silueta humana.

—Ven con nosotras y estarás a salvo.

Ahora la voz procedía de fuera, seguro, justo del otro lado de la puerta que ella había estado a punto de abrir. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de pies a cabeza: confusión mezclada con miedo. Sintió sus músculos laxos y que sus piernas desfallecían. Dio las gracias a su abuela por aquella puerta vieja pero resistente, luego perdió el conocimiento y cayó al suelo.

UN ENCUENTRO EN EL BOSQUE

Un cielo sombrío hubiera ido más en consonancia con los ánimos de la aldea, pero aquella mañana el sol había decidido brillar más que nunca. Un tiempo atrás Ade lo hubiera interpretado como una señal de la desatención celeste respecto a las tragedias terrenales, pero en ese momento se limitó a maldecirse a sí misma por haber dormido en el alféizar de la puerta, por el frío que le había calado los huesos y ahora le dolían y también por no haberse dado cuenta de que los rayos ya habían superado la base de la chimenea y se dirigían veloces hacia su oscuro interior. Esto solo significaba una cosa: que era tarde. En el mercado de Serra ya debían de haber empezado a abrir los puestos y descargar la mercancía. Valente aún dormía y se había apoderado de la otra mitad de la cama con las piernas, formando una graciosa postura con el cuerpo.

Ade estuvo tentada de dejarlo dormir, pero no se hubiera quedado tranquila después de lo sucedido durante el entierro. Se acercó a la cama y lo zarandeó con suavidad:

—Valente, es tarde... Me voy, despierta. No salgas por nada del mundo y no abras la puerta. ¿Por qué no haces algún ejercicio de lectura mientras me esperas? —Valente entreabrió los ojos sin ninguna intención de obedecer—. Tengo que ir al mercado. Si tienes hambre, queda un poco de sopa de ayer. Haz lo que quieras, pero no salgas bajo ningún concepto.

Ade se lo repitió una vez más para asegurarse de que su advertencia iba más allá de los ojos medio abiertos de Valente.

Cogió un bonito cesto de mimbre, lo envolvió en una tela y lo cargó a la espalda junto con un manojo de hierbas.

-¡Por favor, no abras a nadie! Si alguien pregunta por mí,

dile que estaré en casa antes del anochecer —dijo antes de abrir la puerta con tiento.

El miedo de la noche anterior todavía no había desaparecido. Al abrir, la luz del sol inundó la estancia y, en el aquel momento, Ade se dio cuenta de cuánto la echaba en falta. Verse forzada a tener la casa cerrada a cal y canto le había hecho olvidar la felicidad que uno siente cuando la luz de la mañana se vuelve cálida y reconfortante. Miró los escalones de forma involuntaria, por si la persona que había llamado a la puerta anoche había dejado algún rastro de su presencia.

El primer día reclamó su atención una voz de mujer, las siguientes noches se fueron sumando más voces. Eran las visitantes quienes golpeaban la puerta, estaba segura. Si bien el miedo le había impedido dormir las tres últimas noches, temía que aquellas apariciones fueran fruto de su mente intranquila. Aunque todos en Torre Rossa conocían la existencia de las visitantes, mantenían las distancias. Tan solo toleraban su presencia en el mercado de temporada, cuando la aldea, un pequeño centro cerrado dentro de sus confines, se transformaba en una alegre aglomeración donde todos querían hacer negocios: los mejores del año, según decían muchos. En esas ocasiones, entre los cientos de rostros nuevos que desfilaban de forma desordenada ante sus ojos, Ade no conseguía nunca identificar a las visitantes especiales de las que toda Torre Rossa hablaba. Los días posteriores al mercado, todos en la aldea afirmaban haberlas visto, cada habitante contaba una historia y hacía una descripción diferente. Algunos decían que habían estado hablando con ellas durante horas, en cambio, otros juraban que eran mudas y se comunicaban con pequeños movimientos de cabeza para confirmar o desestimar el precio de la venta. Unos imitaban su voz —que recordaban grave, profunda y con un acento extranjero—, mientras que

otros explicaban que tenían los ojos oscuros y rodeados de arrugas bajo una capucha de lana gruesa. Había quien escuchaba en silencio rebuscando en la memoria los rostros que correspondían a esas historias y, al final, rompía el parloteo con un puñetazo sobre el contador del horno de Dante, exclamando con voz grave: «Son brujas, está en su naturaleza confundirnos».

Ade participaba curiosa en esas conversaciones, celosa de no haber podido obtener ningún detalle que le hubiera revelado la presencia de las misteriosas habitantes del bosque. No podía ni siquiera imaginarse cuántas había y cómo conseguían esconderse entre todos aquellos árboles que conocía mejor que su propia casa. No recordaba haber visto nunca entre aquellas ramas ni un techo ni nada que se pareciera remotamente a un refugio o una estancia. Por aquellos caminos que recorría en busca de plantas o pequeños animales solo había troncos, ramas y arbustos. Estaba segura de haber inspeccionado cada rincón, de haber mirado en cada tronco hueco y de trepado hasta en el árbol más alto. No había secretos para ella en ese bosque y, sin embargo, algo se le escapaba.

Aquella mañana, al ver que era tarde, decidió coger el sendero más corto, el que atravesaba el bosque justo por en medio y surgía a la altura del trecho del río con las aguas más convulsas y que, una vez superado, solo quedaba poco menos de una hora de camino a paso rápido hasta llegar a Serra. El río no le preocupaba, conocía bien todos sus recovecos, a pesar de que aquel era el tramo más peligroso y estrecho. Ambos márgenes estaban separados por no más de veinte pasos, y con la cuerda dispuesta por los aldeanos para unir las dos orillas, la travesía se convertía, con el tiempo y la experiencia, en algo bastante cómodo. Por suerte no tendría que sumergirse demasiado, ya que en esa época del año el agua le llegaba

como máximo a la cintura. Se subió la falda hasta las caderas y la sujetó con el cinturón, de este modo solo se le calaron las medias. Así llegó a Serra, sin tener que cargar con el peso de la ropa mojada que, a buen seguro, la hubiera retrasado. Y justo ese día no quería llegar tarde. La media izquierda estaba sujeta con un lazo blanco, atado con un nudo que dejaba libres y, quizás demasiado largos, los dos extremos. Su abuela se lo había regalado y le había enseñado a atarlo para sujetar bien la media: cada mañana, como si fuera un ritual, lo anudaba bien para no perderlo durante sus salidas. Había pertenecido a su madre y, antes, a la madre de esta. Y así hasta el inicio de los tiempos. A veces también lo usaba para sujetar su larga melena castaña, que caía rizada por la espalda. Las mujeres de Torre Rossa le habían dado a entender muchas veces que debía recogerse el pelo con trenzas bien tirantes, que eso era lo correcto. Pero a ella le gustaba llevarlo suelto y libre.

Pasado el río, el trayecto era más tranquilo. El camino tenía las marcas de las ruedas de los carros, que con los años habían allanado la tierra con el peso de la mercancía que llevaban al gran mercado. Incluso el bosque parecía que poco a poco cedía espacio a la única fuerza que conseguía desafiarlo. Montones de troncos caídos a golpe de hacha flanqueaban el camino que llevaba a Serra: pronto se convertirían en material para levantar una prisión imponente por deseo de Guido Poderico, el señor del Castillo. La antigua prisión ya estaba llena de vagabundos y traidores y era necesario construir otro espacio para castigar a quien quebrantara la ley.

Ahora ya quedaba poco. El silencio del bosque, roto solo por algunos gorjeos y la huida temerosa de alguna liebre, iba cediendo a los primeros sonidos del centro habitado: el traqueteo de las ruedas de los carros a lo lejos, el viento que transportaba el siseo de las aspas de los molinos y los gritos

de los que entraban a la ciudad y aminoraban la marcha de los caballos. Ya se avistaban las primeras casas bajas situadas justo al otro lado de la puerta de Serra. En ellas vivían campesinos y artesanos que poseían un permiso especial para entrar y salir cuando quisieran. Aun así, la puerta principal estaba abierta casi siempre; con semejante sol hasta brillaba su piedra oscura. Serra era un lugar hospitalario y pacífico. Por fin, después del miedo del día anterior tras el funeral de Maddalena y la llegada, durante la noche, de las misteriosas visitantes, Ade estaba recuperando un poco de seguridad. Serra era más amable que Torre Rossa y en su mercado siempre hacía buenos negocios. Casi nunca volvía a casa con las manos vacías.

Apuró el paso para llegar a tiempo de vender el cesto y comprar algo para la cena.

—¡Qué vestido más bonito! ¿Es de algún sastre conocido? —Se oyó desde lo alto.

Ade se detuvo y, mirando hacia arriba, escrutó los árboles que la rodeaban. Las ramas eran densas, pero no parecían esconder a ningún intruso.

-; Quién eres? ¡Muéstrate! —dijo Ade.

Fue la seguridad en sí misma, que apenas había recobrado, la que le hizo pronunciar esas palabras con tanta decisión; aunque identificar a quién pertenecía esa voz le preocupaba más que la idea de ser espiada.

—Debe de ser una moda de ciudad. ¡Tengo que decírselo a mis hermanas!

Alguien saltó desde una rama torcida de un cedro que se resistía a la fiebre por la construcción del señor del Castillo.

Lo primero que vio fue un par de ojos oscuros y almendrados. Grandes y vivaces. Las cejas pobladas hacían más hipnótica la mirada, que permanecía fija en ella. El rostro anguloso le confería un aspecto aristocrático, así como el tono de piel pálido y las mejillas afeitadas. Debía de ser un par o, como mucho, tres años mayor que ella, aunque parecía tener ya una cierta experiencia. O al menos, eso dejaba entrever aquella sonrisa pícara y enigmática.

—Explícamelo, ¿eso es una falda o escondes algo ahí? —le dijo acercándose a ella.

Fue entonces cuando Ade se dio cuenta de que aún llevaba la falda recogida en la cintura. Se ruborizó e intentó con torpeza desabrocharse el cinturón y dejar caer la prenda.

- —No deberías haber mirado —dijo Ade.
- —Y, ¿por qué no? Hasta con la falda subida vas más tapada que yo. Pero bueno, es mejor entrar en Serra con un atuendo más apropiado. Vete a saber qué pensará la gente de una muchacha sin falda...
- —Sí que llevo falda. ¡Mírala! Me la había recogido para que no se mojase al cruzar el río. Pero ¿por qué pierdo el tiempo dando explicaciones? Disculpa, sería un placer quedarme aquí hablando contigo, pero tengo prisa. Además, para serte sincera, no me interesas lo más mínimo.
- —Pareces un poco perdida. Si quieres puedo acompañarte. Conozco un atajo.
- —No, gracias. Me sé muy bien el camino y puedo arreglármelas sola.

Ade pasó junto al muchacho y se dirigió a buen paso hacia la puerta grande.

—Eh, Mediafalda, ¡te has olvidado esto!

Ade se dio la vuelta y vio su cesto en las manos del desconocido. Odiaba tener que hacerlo, pero tenía que volver atrás. Debía de haberlo dejado en el suelo mientras se desataba el cinturón.

—No tengo ninguna intención de darte las gracias.

- —Vamos, Mediafalda, no te ofendas. No quería hacerte perder el tiempo. Estabas muy graciosa vestida de esa manera.
- —¡No estaba graciosa! ¡Estaba siendo... práctica! Y, sobre todo, ¡no me llames Mediafalda! —Le arrebató el cesto de las manos y volvió sobre sus pasos.
 - —Pero ¡dime cómo te llamas! ¡Yo me llamo Pietro!
- —El placer es todo tuyo, Pietro —ironizó Ade sin siquiera darse la vuelta.